

La nueva historia política entre los estudios subalternos y la nueva historia social de las prácticas culturales

The New Political History Between the Subaltern Studies and the New Social History of Cultural Practices

Leonora Silvia Hernández

Maestría En Estudios Latinoamericanos
FCPyS - UNCuyo

Resumen: En el presente trabajo trataré de demostrar la posible relación que existe entre nuevas corrientes historiográficas que abordan la historia con nuevos ojos, relacionando los actores, sean individuales o colectivos, desde perspectivas que abarcan más allá de lo puramente social, económico, político o cultural.

Las nuevas corrientes abordadas son *la nueva historia política* junto con *los estudios subalternos* y *la nueva historia social de las prácticas culturales*. El objetivo es demostrar que existe un mayor acercamiento entre la primera y la tercera, y que aunque parezcan semejantes con *los estudios subalternos*, existe mayor distancia en la manera de abordar la historia. El trabajo se basa en los componentes teóricos como así también en escritos de algunos representantes de estas corrientes historiográficas.

Palabras Clave: Nueva Historia Política; Estudios Subalternos; Nueva Historia Social de las Prácticas Culturales

Summary: In this paper try to show the possible relationship between current new historiographical approach history with new eyes, linking actors, whether individual or collective, from perspectives that span more than purely social, economic, political or cultural.

New trends addressed are the new political history with subaltern studies and the new social history of cultural practices. The aim is to demonstrate that there is a greater rapprochement between the first and third, and though they seem similar to subaltern studies, there is greater distance in the approach to history. The work is based on the theoretical components as well as in writings of some representatives of these historiographical trends.

Keywords: New Political History; Subaltern Studies; New Social History Cultural Practices

En el presente trabajo trataré de demostrar la posible relación que existe entre nuevas corrientes historiográficas que abordan la historia con nuevos ojos, relacionando los actores, sean individuales o colectivos, desde perspectivas que abarcan más allá de lo puramente social, económico, político o cultural. Es decir, buscar encontrar las redes que se construyen entre todas estas realidades para hallar las relaciones entre actores sociales activos y los cambios producidos por ellos en la historia.

Las nuevas corrientes abordadas son *la nueva historia política* junto con *los estudios subalternos* y *la nueva historia social de las prácticas culturales*. El objetivo es demostrar que existe un mayor acercamiento entre la primera y la tercera, y que aunque parezcan semejantes con *los estudios subalternos*, existe mayor distancia en la manera de abordar la historia. El trabajo se basa en componentes teóricos como así también en escritos de algunos representantes de estas corrientes historiográficas.

En los últimos años la historia ha pasado de la historia de las estructuras a la de los actores, de la historia de las realidades económicas y sociales a la historia de la subjetividad y de las percepciones culturales, de la historia del poder a la historia de las resistencias y de la insubordinación, de las historias generales a las historias locales y regionales, de los procesos macrohistóricos a los universos microhistóricos, de la historia de las leyes y las normas a la historia de los casos individuales atípicos y de las desviaciones, y de la historia de los grupos establecidos y centrales a la historia de las minorías, de los marginales y de los pequeños grupos (Aguirre Rojas, C. 2004, 161).

Se reintroduce nuevamente el rol activo y creador de los sujetos históricos en la construcción de su propia historia.

Es importante también mostrar cómo ya no existen centros hegemónicos del quehacer historiográfico sino que ahora *la historia* se genera y se procesa a lo largo y ancho del mundo, en Europa tanto como en Estados Unidos, Asia o Latinoamérica.

La nueva historia social de las prácticas culturales

Esta nueva corriente historiográfica nace en Francia en 1989 dentro de *Annales* a partir del llamado *giro crítico*, llevado adelante por Bernard Lepetit y que está representado en la actualidad por Roger Chartier, entre otros¹. Para este modelo historiográfico la historia tendría que seguir los mismos caminos trazados por la economía, la sociología, la antropología y la lingüística. Debería existir una metodología que pusiera el acento en la acción en situación, es decir, la acción

¹ Bernard Lepetit murió en 1996 a raíz de un accidente automovilístico, siendo aún muy joven. Hernández, Leonora Silvia. 2007. Bernard Lepetit. En *Los Historiadores y sus Textos* (Tomo 3) Ed. Facultad de Filosofía y Letras. Universidad Nacional de Cuyo. Mendoza.

individual como motor del cambio y concediera nuevamente a la diacronía el lugar que perdió. Dicha metodología debería hacer hincapié en la libertad de los actores individuales. La historia de las estructuras sociales no debe ser percibida simplemente como un conjunto de obligaciones establecidas o como Braudel sugiriera, como los efectos visibles *de las prisiones de larga duración* (Braudel, F. 1968, 74) Las categorías sociales no tendrían que estar más, separadas de las prácticas que les dan un sentido. Las normas sociales ya tampoco tendrían que ser consideradas con un valor conceptual distinto y más importante que el de las prácticas y convenciones de las que derivan.

El objetivo es proporcionar un análisis de las identidades sociales que no encierre a los actores en categorías y así poder comprender las acciones y representaciones de los sujetos en el contexto de las estructuras que los contienen.

La nueva historia social de las prácticas culturales ya no se apoya en la *constancia* de los agentes, cuyos tipos de comportamientos previsibles eran dictados por una lógica económica, sino en una sociología diferente de la acción. Esta metodología alternativa se propone ver las acciones humanas como una serie de *secuencias* donde las personas, comprometidas en *momentos* sucesivos, deben movilizar en ellas diversas competencias para realizar, según las *circunstancias*, una adecuación a la *situación presente*.

Esta percepción de la sociedad como un conjunto de normas y convenciones no implica encerrar a los individuos, ya que son actores activos, conscientes y ambivalentes que preservan su libertad de acción con su participación en la vida social. En resumen, la historia aparece como el proceso de formación y disolución de las múltiples convenciones que aseguran la cohesión de las sociedades en el tiempo. El proceso histórico no es una sucesión de fases de carácter objetivo, ni de formas de división del trabajo o modos de producción, ni episodios de saber-poder. Los procesos no están determinados por una imperiosa lógica social sino que aparecen discontinuos, indeterminados y multidireccionales. Numerosos historiadores han reaccionado en los últimos veinte años contra toda forma de relato histórico unilineal, ya sea de inspiración materialista histórica o funcionalista estructural. Al interés por la trayectoria y la función sucedió un interés por el contexto y el sentido.

Con esta nueva historia se produce la reivindicación de una historia social diferente, focalizada en reconstruir la compleja dialéctica entre el individuo y estructuras, o, entre agentes sociales, sean individuales o colectivos, y los entramados o contextos sociales más globales dentro de los cuales ellos despliegan su acción. Así, tratando de ir más allá de las visiones esquemáticas que durante décadas redujeron la acción de los individuos y su rol social al de simples marionetas, unilateralmente determinadas en sus posiciones y en sus prácticas por dichas estructuras sociales, se propone revalorar el papel *activo y constructivo* de esos agentes sociales, los cuales no sólo crean y dan cuerpo total a dichos entramados y estructuras sociales como

fruto de sus acciones y de sus interrelaciones, sino que además disfrutan, permanentemente, de ciertos márgenes de libertad en su acción cotidiana, eligiendo constantemente entre diversas alternativas y modificando con sus propias prácticas, a veces poco y a veces totalmente, a esas mismas estructuras sociales que, sin duda establecen en cada momento los límites concretos de su acción. Restituyendo de esta forma un enfoque mucho más dinámico y complejo de los agentes como creadores y reproductores de las estructuras, y de las estructuras como marco envolvente y límite de la acción de los agentes -que sin embargo se interrelacionan e influyen todo el tiempo para transformarse mutuamente-, este modelo es capaz de mostrar el carácter cambiante y móvil de los determinismos que las estructuras ejercen sobre los agentes -que lejos de ser omnipresentes, fatales y de un solo sentido claro, son más bien determinismos generales, tendenciales y en ocasiones de varios sentidos posibles-, y el papel siempre activo, dinámico y creador de esos agentes sobre las estructuras, que ellos mismos en el origen han construido y que reproducen todo el tiempo con su acción, y a las que por lo tanto pueden también modificar, incluso totalmente, en ciertas condiciones y en momentos históricos determinados.

Es una historia de la cultura que es profundamente *social*, en la medida en que restituye y reafirma esa condición de los productos y de las prácticas culturales, como resultados siempre directos de la propia *actividad social*. Es decir, que tanto un comportamiento cultural de una clase o grupo social, que una determinada construcción del discurso, son distintas manifestaciones culturales que son siempre producidas, acogidas y reproducidas por una específica sociedad y en un cierto contexto histórico, lo que nos lleva siempre a empezar por ese referente social o histórico para la explicación de toda práctica o fenómeno cultural posible. Esto nos permite el desarrollo de una historia realmente crítica, que puede desenvolverse dentro de todos los diversos campos de lo histórico, aplicándose tanto en la historia cultural como la política o social, entre otras.

Los Estudios Subalternos

Los Estudios Subalternos cambian el lugar de reflexión y sus categorías. Su agenda consiste en discernir los modos de producción de hegemonías y subordinaciones estatales en el campo cultural, entendido como fábrica de lo simbólico. Su interés reside en el examen de las narrativas históricas, de la historiografía, de la configuración de documentos y documentaciones. Guha, mayor representante de los *estudios subalternos sudasiáticos*, realiza una arqueología de la construcción de documentos, traza la relación entre la historia, la historiografía y el Estado, y demuestra que la historia es una narrativa del poder estatal, configuradora de ciudadanías o subalternidades, hegemonías o dominios (Guha, R., 2002).

Este es un paso decisivo, porque la definición del lugar de las subalternidades no se concibe ya en términos de las narrativas del poder (modos de producción y teorías de la conciencia) sino a contrapelo, en una lectura en reversa de todo el aparato cultural ilustrado, que viene a ser particularizado como *occidental*. El lugar de la subalternidad empieza a ser desplazado hacia una teoría de la recepción, de la lectura, de la interpretación, que subraya los modos de construcción en la sintaxis, los hitos, las censuras y los silencios.

El gran protagonista de los estudios de Guha es el campesino rebelde, que como sujeto de la historia requiere, según Guha, una correspondiente inversión epistemológica: *La documentación sobre la insurgencia en sí misma, debe ser invertida para reconstituir el proyecto insurgente como una inversión del mundo*. El problema es que los hechos empíricos de esas rebeliones son capturados en el lenguaje y las correspondientes pautas culturales de la *élite* –pautas, tanto la nativa como la colonial□ contra las cuales las rebeliones precisamente se dirigían. Tal dependencia, argumenta Guha, constituye una inclinación que dificulta la construcción de la historiografía colonial y post-colonial, en favor del archivo escrito y las clases dominantes y sus agentes, cuyo estatus es parcialmente posibilitado por su dominio de la alfabetización y la escritura. Esta tendencia, evidente incluso en formas de historiografía empáticas con los insurgentes, *excluye al insurgente como un sujeto consciente de su propia historia y lo incorpora sólo como elemento contingente a otra historia y con otros sujetos*. Por lo tanto, *el fenómeno histórico de la insurgencia es visto por primera vez como una imagen enmarcada en la prosa, de allí la perspectiva de la contra-insurgencia... inscrita en el discurso de la élite, tiene que ser leída como una escritura en reversa*

Guha entiende por *prosa... de la contrainsurgencia* no sólo la información contenida en el archivo colonial del siglo XIX, sino también el *uso*, incluyendo el *uso* en el presente, de ese archivo para construir los discursos burocráticos y académicos (históricos, etnográficos, literarios y otros) que pretenden representar estas insurgencias y ubicarlas en una narrativa teleológica de formación del Estado. Guha está preocupado con la manera en la que *el sentido de la historia es convertido en un elemento de cuidado administrativo* en estas narrativas. En tanto que el subalterno es conceptualizado y entendido, en primer lugar, como algo que carece de poder de auto representación.

El proyecto de Guha es recuperar o re-presentar al subalterno como un sujeto histórico *una entidad cuya voluntad y razón constituye una praxis llamada rebeli* desde el revoltijo de la documentación y los discursos historiográficos que le niegan el poder de agencia.

Para comprender de la mejor manera posible a esta nueva corriente historiográfica desde los estudios historiográficos latinoamericanos, lo más apropiado es leer sus bases teóricas a partir del manifiesto publicado por el Grupo de Estudios

Subalternos, dedicados al estudio de lo subalterno en América Latina, nacido y radicado en las universidades de Estados Unidos (Subalternos 1998).

El trabajo del Grupo de Estudios Subalternos, una organización interdisciplinaria de intelectuales sudasiáticos dirigida por Ranajit Guha, nos ha inspirado a fundar un proyecto similar dedicado al estudio del subalterno en América Latina.

La comprobación de que las élites coloniales y postcoloniales coincidían en su visión del subalterno llevó al Grupo Sudasiático a cuestionar los macroparadigmas utilizados para representar las sociedades coloniales y postcoloniales, tanto en las prácticas de hegemonía cultural desarrolladas por las élites, como en los discursos de las humanidades y las ciencias sociales que buscaban representar la realidad de estas sociedades. El artículo inaugural de Guha en el primer volumen de la serie *Subaltern Studies*, publicada por el grupo a comienzos de 1982, enseña ya la pretensión central del proyecto: desplazar los presupuestos descriptivos y causales utilizados por los modelos dominantes de la historiografía marxista y nacionalista para representar la historia colonial sudasiática (Guha 1988: 37-43). En su libro de 1983 *Elementary Aspects of Peasant Insurgency*, Guha critica la parcialidad de los historiadores que, en su registro de los hechos, privilegian aquellos movimientos insurgentes que disponen de agendas escritas y programas políticos teóricamente elaborados. Tal insistencia en la escritura, anota Guha, delata el prejuicio de las élites nacionales y extranjeras que construyeron la historiografía sudasiática.

La lectura, en reversa (o "against the grain", en el idioma de la deconstrucción utilizado frecuentemente por el grupo) de esta historiografía para recobrar la especificidad cultural y política de las insurrecciones campesinas tiene, para Guha, dos componentes básicos: identificar la lógica de las distorsiones en la representación del subalterno por parte de la cultura oficial o elitista, y desvelar la propia semiótica social de las prácticas culturales y las estrategias de las insurrecciones campesinas (Guha 1988: 45-84). La opinión de Guha es que el subalterno, que por definición no está registrado ni es registrable como sujeto histórico capaz de acción hegemónica (visto, claro, a través del prisma de los administradores coloniales o de las élites criollas educadas), emerge en dicotomías estructurales inesperadas; en las fisuras que dejan las formas hegemónicas y jerárquicas y, por tanto, en la constitución de los héroes del drama nacional, en la escritura, la literatura, la educación, las instituciones y la administración de la autoridad y la ley.

En otras palabras, el subalterno no es pasivo, a pesar de la tendencia que muestran los paradigmas tradicionales de verlo como un sujeto "ausente" que puede ser movilizad únicamente desde arriba. El subalterno también actúa para producir efectos sociales que son visibles -aunque no siempre predecibles y entendibles- para estos paradigmas o para las políticas estatales y los proyectos investigativos legitimados por ellos. Es el reconocimiento de este papel activo del subalterno, el modo en que altera, curva y modifica nuestras estrategias de aprendizaje, investigación y entendimiento, lo que inspira la sospecha frente a tales paradigmas disciplinarios e historiográficos. Paradigmas que se encuentran ligados a proyectos de orden nacional, regional o internacional manejados por élites que, en su despertar, administraron o controlaron las subjetividades sociales, buscando filtrar las hegemonías culturales a lo largo de todo el espectro político: desde las élites

mismas hasta las epistemologías y los discursos de los movimientos revolucionarios, ejerciendo su poder en nombre del "pueblo"...

...Esta insistencia en mirar al subalterno desde el punto de vista de la posmodernidad no significa que rehusemos perseguir los rastros que han dejado anteriores hegemonías culturales en la formación del subalterno y de las correspondientes élites locales. Podemos hallar al subalterno únicamente en los linderos articulados por antiguas prácticas socioculturales, epistemológicas y administrativas, en la hibridación histórica de mentalidades culturales y en los pactos contingentes que se dan cada vez que ocurre un empalme transicional. De acuerdo a la narrativa de las elites, el nacionalismo es una aventura idealista conducida por ellas mismas, guiada en parte por el ideal literario de la nacionalidad. Pretendiendo altruismo y auto-abnegación, las élites criollas, con su antagonismo frente al colonizador, invocaron la bondad del pueblo y de las clases subalternas en lugar de buscar los medios para su promoción social. La historia de las burguesías nacionales se convierte así en la (auto)biografía espiritual de las elites, hecho que contribuye decisivamente a la formación política y cultural de los subalternos (es el caso, por ejemplo, de la resistencia frente a la cultura letrada del idioma español en algunas áreas indígenas, y frente a la cultura alta en general por parte de los grupos subalternos). El no reconocimiento de la contribución del subalterno a la creación de su propia historia revela la pobreza de la historiografía [ilustrada] y señala las razones por las cuales fracasaron los programas nacionalistas de promoción popular. El transnacionalismo del subalterno es registrado únicamente como un problema de ley y orden, o, positivamente, como una respuesta al carisma de los líderes de la elite, es decir, como una movilización vertical (a través de la manipulación massmediática y populista) por parte de ciertos grupos y facciones...

...Quisiéramos concluir este Manifiesto reconociendo, sin embargo, los límites de la idea de estudiar al subalterno. Nuestro proyecto, conformado por un equipo de investigadores (pertenecientes a universidades norteamericanas de elite) que quieren extraer de ciertos documentos y prácticas hegemónicas el mundo oral de los subalternos, es decir, la presencia estructural de un sujeto que los letrados no habíamos reconocido y que nos interpela para mostrarnos qué tanto estábamos equivocados, debe confrontarse con la resistencia del subalterno frente a las conceptualizaciones de la elite. No se trata, por ello, de desarrollar nuevos métodos para estudiar al subalterno, nuevas y más eficaces formas de obtener información, sino de construir nuevas relaciones entre nosotros y aquellos seres humanos que tomamos como objeto de estudio. Las palabras de Rigoberta Menchú al final de su famoso testimonio son relevantes en este sentido: "Conservo todavía secretos que nadie puede conocer. Ni siquiera los antropólogos y los intelectuales, no importa cuántos libros hayan escrito, pueden descubrir todos nuestros secretos" (Menchú, R. 1984). (Castro-Gómez, S y Mendieta, E., 1998, 85 – 99).

Una de las representantes más importantes de los Estudios Subalternos en Latino América es la historiadora Florencia Mallon de la Universidad de Wisconsin (Mallón, F. 2003, 77-108). En su obra: *Peasant and Nation* (Campesino y nación) hace, quizá, el más explícito y sostenido intento de aplicar el modelo de los Estudios

Subalternos a la historia latinoamericana. Mallon está preocupada con las formas en las cuales el imaginario jacobino de la revolución nacional-democrática es transferido al espacio postcolonial de Perú y México en el siglo XIX. En el proceso de adaptar este imaginario a sus propios objetivos y valores culturales, quiere mostrar cómo, *los subalternos... ayudaron a definir los contornos de lo que fue posible en la construcción de los Estados-Nación*. Comprende el Estado en forma gramsciana como *una serie descentralizada de lugares de lucha a través de los cuales la hegemonía es tanto contestada como reproducida...*

Para hacer este tipo de historia se requiere, nos dice Mallon, recuperar las *voces locales* contra las presiones por omitirlas o ignorarlas a favor de una narrativa histórica más sintética de la emergente unidad de la nación. Pero tal narrativa tiene un costo demasiado alto:

... Simplificando la política local y las prácticas discursivas se niega la dignidad, agencia y la complejidad de la gente rural y se facilitan los tipos de 'construcción del otro' dualistas y raciales, a las que esa gente está aún sujeta. Cuando pretendemos que la historia oral, los rituales y la política comunal no son arenas de argumentación donde el poder se combate y se consolida, nosotros sumergimos las voces disidentes y ayudamos a reproducir la falsa imagen de un paraíso rural (o de idiotez) que ha sido repetidamente invocado, tanto en la derecha como en la izquierda, para explicar porqué los intelectuales y políticos urbanos saben lo que es mejor para este inocente, ignorante o ingenuo habitante rural... (Mallón, F. 2003).

Para Mallon, el otro problema que se presenta en los Estudios Subalternos es el cómo se tiene acceso al vasto y móvil conjunto de las masas. Una manera sería a partir de la lectura de los documentos *a contrapelo* pero para esta historiadora, si se privilegia la lectura de los textos se llegaría a la *crítica literaria tecnocrática* y, al contrario, si se privilegiaran los documentos cómo fuente de información, olvidando que también se trata de textos contruidos, se correría el peligro de volver a la deducción de la conciencia, cultura y práctica sociopolítica a partir de categorías abstractas. En consecuencia ésta es para Mallón la mayor tensión que existe en el desarrollo de los Estudios Subalternos. Su propuesta es que también los archivos y trabajo de campo pueden brindar pistas para el conocimiento de los sujetos subalternos que no se pueden encontrar sólo en el análisis de los textos contruidos.

Para Tulio Halperin Donghi, Florencia Mallon se declara integrante de una generación marcada por dos *transiciones intelectuales y políticas bastante dramáticas*: la primera, estimulada por el renacimiento del radicalismo a escala mundial, que la incitó a combinar investigación local con teoría radical y métodos que enfocaban a la *gente común*, en la esperanza de *producir complejos estudios de caso que constituirían un desafío al reduccionismo, al conservadurismo político y a los supuestos imperiales de una etapa previa, intelectualmente más ortodoxa y*

unificada; la segunda, que *combinó la crisis de marxismo y socialismo con el renacimiento de la subjetividad presente en el feminismo y el posmodernismo/posestructuralismo...* (Halperín Donghi, T. 1995, 5).

Se advierte de inmediato que esa experiencia no es la de toda una entera generación de historiadores, sino de una porción de ella acotada por un marco nacional preciso: el de Estados Unidos.

La nueva historia política

En 1989, Francois Xavier Guerra (Guerra, F.X. 1989) en su artículo *Hacia una nueva historia política. Actores sociales y actores políticos* va a definir una nueva forma de hacer historia política que es, superar tanto la tradicional narración de los grandes hechos protagonizados por los grandes hombres que caracterizó a la vieja historia política, como el análisis socioeconómico en el que el accionar de los actores sociales o políticos se yuxtapone a la lógica de las estructuras económicas. Propone el estudio de la política tomando como eje la *interacción de los actores colectivos* que se constituyen en todos los estratos sociales siguiendo lógicas propias y casi sin respetar los recortes surgidos de los análisis estructurales que hacen centro en lo económico. Esta propuesta en la línea de la historia política busca recuperar su especificidad, se preocupa por el tipo de *vínculos que otorgan cohesión y coherencia* a los grupos que tejen entre sí relaciones de poder con *los ingredientes culturales* que le brindan sentido a su acción y con los espacios en que esta actividad política se desarrolla. En este artículo, Guerra avanza sobre el problema y fija una caracterización dicotómica para el estudio de estos factores. Distingue entre *actores de tipo antiguo y moderno*, a quienes corresponden sus respectivas formas de vinculación, sus marcos culturales específicos y sus maneras de representarse en la arena política.

Esta corriente es actualmente un polo historiográfico fuertemente renovado que investiga sobre las *relaciones complejas y variables* que establecen los hombres en relación con el poder e implica prestar atención a los modos de organización y de ejercicio del poder político en una determinada sociedad, y a las configuraciones sociales que vuelven posibles esas formas políticas y las que, a su vez, son engendradas por ellas.

Como en el caso de la historia cultural, la *historia política*, no alude actualmente a un campo autónomo de la realidad social diferente, por ejemplo, de lo social, lo económico o lo cultural, sino que hace referencia a una dimensión de *las prácticas humanas* que son inseparables de las demás.

Uno de los temas abordados por esta nueva historia política es el de la *nación*, pero desde perspectivas *antigenealógicas*. Mientras que las historias más tradicionales se conformaron a partir de la idea de la *nación* como una entidad esencial que se

proyectaba hacia el pasado, los nuevos estudios consideraron a las naciones y a los nacionalismos como *tradiciones inventadas* o bien como *comunidades imaginadas*. Ahora ya no se trata de encontrar la genealogía de una nación, sino de entender cómo a partir de la crisis colonial se fueron organizando estados y naciones y cómo otros simplemente fracasaron y quedaron en el camino. Y, sobre todo, se trata de comprender que ni unos ni otros tenían escrito ese destino en ningún plan preconcebido.

Otro conjunto de indagaciones articuladas a partir de formulaciones procedentes de la historia cultural centró su atención en la dimensión simbólica de las prácticas políticas: la *ritualidad*, la *gestualidad*, la *trama relacional*, los *espacios y los formatos de sociabilidad*, y la *acción comunicacional*. En ella convergen el análisis del discurso político, los procesos de formación de identidades colectivas, la construcción de la ciudadanía, las prácticas electorales, las formas de representación, es decir, las formas de participación y acción sociopolítica de los actores en una sociedad concreta.

Muchas de estas dimensiones fueron aplicadas en la Argentina en textos como los de Hilda Sabato, *La política en las calles*.

Para la historiadora Hilda Sabato (Sabato, H.1998,18-19) los cambios han sido productivos en el campo de la historia política. Por una parte, ha dejado de ser la historia de la corta duración como era considerada por los paradigmas dominantes hasta hace un cuarto de siglo. Por otra parte, se ha beneficiado no solo por la disolución de la hegemonía ejercida por otras ramas sino, también, por la difundida desconfianza en los modelos teleológicos y las explicaciones estructurales, y por el interés creciente que despiertan la acción humana y la contingencia como dimensiones significativas de la interpretación histórica.

Libre, entonces, de muchos de los corsés y de los clichés que durante décadas la condicionaron, la historia política ha florecido. La interrogación sobre el poder se ha visto, además, estimulada por los problemas del presente y como siempre ocurre, dice Sabato, con nuestra disciplina, ese presente ha tenido una importancia decisiva a la hora de definir las preguntas que se formulan al pasado. Así, es fácil asociar la renovación de las problemáticas en la historia política a los debates contemporáneos sobre la democracia y sus transiciones (en América Latina, en Europa Oriental), la caída del socialismo real, la crisis de la representación, las variaciones de la ciudadanía y el lugar de la sociedad civil.

La historiografía argentina no ha sido ajena a todos estos cambios. Por el contrario, ellos han sido potenciados por motivos institucionales. Los últimos veinte años fueron testigos de un cambio profundo en las condiciones de producción historiográfica, luego de la cerrazón de la vida académica e intelectual impuesta a fuego por la dictadura. Para finalizar y siguiendo la secuencia del objetivo que fue

planteado al inicio del trabajo, podemos notar relaciones y diferencias entre las tres corrientes historiográficas. Por un lado tenemos que la manera de interpretar a los actores sociales y su manera de relacionarse con las estructuras ya no es la misma que en el modelo braudeliano ya que éstos son capaces de modificarlas y construir nuevas estructuras, que lo económico no es lo único determinante en los procesos históricos, que los individuos participan activamente de la historia y que estos individuos sin ser miembros partícipes de la elite son hacedores de los cambios. Creo que la nueva historia política está más cercana a la nueva historia social de las prácticas culturales porque como lo dije anteriormente, restituye y reafirma esa condición de los productos y de las prácticas culturales, como resultados siempre directos de la propia actividad social. Es decir, que tanto un comportamiento cultural de una clase o grupo social, que una determinada construcción del discurso, son distintas manifestaciones culturales que son siempre producidas, acogidas y reproducidas por una específica sociedad y en un cierto contexto histórico, lo que nos lleva siempre a empezar por ese referente social o histórico para la explicación de toda práctica o fenómeno cultural posible. Esto nos permite el desarrollo de una historia realmente crítica, que puede desenvolverse dentro de todos los diversos campos de lo histórico, aplicándose tanto en la historia cultural como la política o social, entre otras.

La diferencia con los *estudios subalternos* es que aunque comparten el objeto de estudio, éstos, no especifican claramente el modelo epistemológico a utilizar para alcanzar este conocimiento dentro del campo que corresponde a la ciencia histórica. Como vimos a través de las palabras de Mallón existe la tensión entre las prácticas literarias y la metodología histórica.

Bibliografía

- Aguirre Rojas, Carlos. 2004. *Historia e historiadores entre 1848 y ¿2025?* Barcelona: Montesinos.
- Beverly, John. 1999. El subalterno y los límites del saber académico. *Subalternity and representation: Arguments in Cultural Theory*. Durham: Duke University Press.
- Braudel, Fernand. 1968. *La Historia y las Ciencias Sociales*. Madrid: Alianza.
- Castro Gómez, Santiago y Eduardo Mendieta (Coordinadores) 1998. *Teorías sin disciplina. Latinoamericanismo, poscolonialidad y globalización en debate*. México DF: Universidad de San Francisco, 1998. p. 85 a 99.
- Chartier, Roger. 1996. *El mundo como representación*. Barcelona: Gedisa.

- Guerra, Francois Xavier.1989. Hacia una nueva historia política. Actores sociales y actores políticos. *Anuario del IEHS* IV.
- Guha, Ranahit.2002. *Las voces de la Historia y Otros Estudios Subalternos*. Barcelona: Crítica.
- Grupo Latinoamericano de Estudios Subalternos. 1998. Manifiesto inaugural. En: Castro Gómez, Santiago y Eduardo Mendieta (Coordinadores), *Teorías sin disciplina. Latinoamericanismo, poscolonialidad y globalización en debate*. México DF: Universidad de San Francisco, 85-99.
<http://www.ensayistas.org/critica/teoria/castro/manifiesto>
- Halperín Donghi, Tulio.1995. Comentario a Florencia Mallón, Peasant and Nation: The Making of Postcolonial México and Perú. Berkeley:University of California Press.
http://historiamexicana.colmex.mx/pdf/art_13_2005_16678
- Hernández, Leonora Silvia. 2007. Bernard Lepetit. En *Los Historiadores y sus textos.Tomo III*. Mendoza: Facultad de Filosofía y Letras.Universidad Nacional de Cuyo.
- Mallón, Florencia. 1996. Promesa y dilema en los estudios subalternos:perspectivas a partir de los estudios latinoamericanos. *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana Dr. E. Ravignani* (F.F.y L-F.C.E.).
- Mallón, Florencia. 2003. *Campesino y Nación. La construcción de Méjico y Perú poscoloniales*. Méjico: CIESAS-El Colegio de San Luis-El Colegio de Michoacán.
- Sábato, Hilda. 1998. *La política en las calles.Entre el voto y la movilización. Buenos Aires, 1862-1880*. Buenos Aires: Sudamericana.